

El desafío

Había estado inquieta toda la noche y recién pudo dormitar al amanecer. Se levantó transpirada y se dio una ducha. Había dejado colgada en la percha del baño la ropa que se pondría por la mañana y se vistió con manos temblorosas.

Desayunó excitada. El queso le parecía muy salado, las tostadas se le atragantaban y, con la ansiedad, no había dejado calentar lo suficiente el agua del té.

Hoy iba a ser un día especial. No podía creer que ella, que solo había hecho segundo año de escuela rural, pudiera comenzar los talleres de la Universidad para Adultos Mayores. Ella, que había sido por más de cincuenta años cocinera en la estancia de los Arévalos de Río Negro, empezaría una nueva etapa de su vida.

Atrás había quedado la pequeña chacra que con años de sacrificio había podido comprar con Eusebio; la quinta; los árboles frutales; las aves de corral... Su marido era trabajador y honesto, pero los fines de semana en que se juntaba con amigos en el bar del pueblo, regresaba violento, la insultaba y muchas veces la agredía físicamente. Lo peor fue aquella tarde en que al golpearla, con el impulso del puñetazo cayó al suelo y se fracturó la cadera. La tuvieron que enyesar y pasó mal con la anestesia. Pudo recuperarse, aunque nunca llegó a caminar del todo bien. Eusebio había fallecido hacía más de un año y los hijos insistieron en que vendiera el campito y la casa y se mudara a la capital para estar más cerca de ellos.

Habituada al silencio del campo y a los sonidos que tan bien conocía, le daba un poco de miedo el ruido de la gran ciudad. Dicen que el hombre es un animal de costumbre y poco a poco se habituó a ir al supermercado, a la feria, a la farmacia...

Es cierto que el apartamento céntrico era pequeño y a veces se sentía oprimida, pero por suerte tenía un balconcito al frente donde cultivaba sus plantas preferidas, aquellas que había traído de la chacrita.

Fue por la vecina del tercero que se enteró de los talleres para adultos mayores. La señora hablaba con tanto entusiasmo de los encuentros semanales que le contagió el deseo de vivir la nueva experiencia.

Con temor y vergüenza se lo comentó a los hijos. Al enterarse, Mariana exclamó:

—Pero, mamá. ¡Ubicate, con la edad que tenés y lo poco que estudiaste vas a hacer el ridículo! Se van a reír de ti. Mejor te quedás en casa y tejés.

Jorgito, tampoco estaba convencido y comentó:

— Dejela que pruebe. Vas a ver que después de dos o tres clases, larga todo y no va más.

De todas formas, ella había decidido intentar el desafío de ir a la Universidad.

El timbre de la puerta la sacó de las reflexiones. Era la vecina del tercero que pasaba a buscarla para ir juntas hasta el local donde se impartían los talleres. Habían decidido ir a pie, porque la institución les quedaba cerca y ahorran en transporte. Ella tenía artrosis de rodillas y con la humedad le dolían bastante, pero no se iba a amilanar, así que con valentía emprendió la marcha.

—Entonces, ¿te anotaste en “Portugués”, Rosaura? —le preguntó la vecina.

—Sí, siempre tuve ilusión de aprenderlo, desde que en la estancia trabajó una ayudante de cocina que venía del sur de Brasil. Me parece un idioma alegre y musical —contestó.

—Vas a tener una hora puente, es decir una hora libre entre “América (latina) en la Historia” y “Portugués”. Podrás charlar con otros asistentes o dar una vueltita por los alrededores.

Llegaron al establecimiento. Delante del salón en que se impartía la clase de Historia había un grupo de personas. La vecina la presentó a los demás compañeros y ella se sintió recibida con calidez y de forma sencilla, como si la conocieran desde siempre.

Durante el taller escuchó con avidez lo que la Animadora Socio-Cultural comentaba. No podía tomar apuntes porque su escritura era lenta y rudimentaria, pero la vecina grababa la clase en el celular y ella se lo pediría para escuchar una y otra vez la versión durante la semana.

En el intervalo entre las dos clases se quedó en el patio y conversó con algunas compañeras de Historia y otras personas que se fueron acercando. Las convidó con alfajorcitos de maicena que había llevado en el bolso y la felicitaron por su buena cocina.

Entró al taller de “Portugués”. El Animador se presentó y pidió a cada uno de los integrantes que hiciera lo mismo. Escuchar los variados estudios y las vivencias experimentadas, la hizo sentirse pequeña y torpe. Sin embargo, cuando habló sobre sus antecedentes, una compañera que había probado los alfajores gritó:

—Y, además, ¡es una excelente cocinera! —a lo que siguió una serie de aplausos que la hicieron ruborizar.

Escuchó con atención las explicaciones, mientras trataba de recordar la entonación de la joven ayudante de cocina que había conocido. A una de las preguntas de repaso, ella dio la contestación correcta con la cadencia propia del idioma, lo que mereció una felicitación.

Salió radiante del taller y se encontró con la vecina que la esperaba.

—¿Qué te pareció tu primer día en la Universidad?

—¡Me sentí realmente feliz! Me hicieron sentir muy cómoda. Hace tiempo que no disfrutaba tanto. ¿Sabes? Estoy pensando en inscribirme para el Coro el trimestre que viene. ¡Ah! Y la semana próxima voy a repartir entre los compañeros bizcochitos de anís.

Anacahuita